

La sastería Amaru

Con el Sol salimos a trabajar
I

Como cada martes, nos levantamos temprano, cuatro de la mañana ya estamos de pie con mi mamita. Hay que tomar el micro que va al punto de abastecimiento.

De la frontera llegan los camiones, llenos de ropa embalada pa' repartir. Si llegás tarde, ya no hay nada bueno, solo lo feíto: ropa sucia, con huecos o manchas.

Nada que esté de moda, nada que parezca caro. Por eso mi mamita y yo siempre agarramos el primer micro que sale, pa' llegar antes y escoger algo que sirva.

Harta ropa llega ya mal, zapato chullo, muy usado, medio torcido, maltratado. —¡Fijate bien en lo que escogés, waway! — me dice mi mamita—, si no encontramos buena ropa, ni vendemos pues.

—¡Mamita, mirá! —le digo, mostrándole el video.
Y si hacemos eso aquí?
¿Si en vez de vender lo ajeno, empezamos a coser lo nuestro?
¿Si volvemos a vestirnos con lo que somos?
Jallalla, mamita, pa' que no se pierda lo nuestro.



Mas historias en el Inítipunk

Saturnina de Sopo'kachí

Cuando llegamos al departamento, abrimos los fardos. La mitad se va directo a la basura, nomás. Y esa basura ya está llenando las laderas, todito el cerro se está vistiendo con ropa vieja.

Cada vez llega más ropa que nadie quiere, que a nadie le sirve, y la botan afuera de la ciudad, como si el viento achachila fuera a llevársela.

Mi abuelita dice —ella vive todavía en el campo con mi tío— que la ropa llega hasta allá también. Dice que el viento le trae pedazos de tela, que el río baja con camisas rotas, blusas podridas.

“Hasta mis llamitas ya no pueden tomar agua limpia”, me cuenta. “Todo está lleno de ropa vieja, waway, ya no se puede ni sembrar tranquilo.”

Y sí, cada semana llega más ropa del norte. La gente se pelea por agarrar lo más bonito pa' vender, pero igual, harta se bota, harta se queda pudriéndose en las laderas. Ya no solo ensucia el paisaje, también nos cambia las manos, la forma de vestir. Nos están metiendo su moda, sus colores, su manera. Nos estamos olvidando de tejer, de coser, de vestirnos con ropa que tenga historia.

Otra vez son las cuatro de la mañana. Subo al micro con mi mamita, la ciudad todavía está dormida. Yo voy mirando vidéitos en mi celu, de cómo coser, cómo arreglar prendas. Y de repente me sale un video de Ghana. Allí también llega ropa usada por montones. Pero allá la gente no la bota, la transforma. La vuelven suya, con su color, su cultura, su estilo.